

EXPERIMENTACIÓN EN LA EDAD DEL MIEDO

La sociedad nos pide, en progresión acelerada, que nuestros edificios cumplan ciertas prestaciones cada vez más exigentes y absurdas, como si fueran productos industrializados. Y nos exige que las cumplan desde el primer día, considerando que si algo no funciona no es error sino mala fe. Es una sociedad miedosa, que no se fía del que arriesga, aunque presuma de lo contrario. Lo de ser un amateur está cada vez más complicado. Lo de ser un inventor, ni hablar de ello. Pero han olvidado que un arquitecto construye **PROTOTIPOS**.

Lo que quiere decir que construye artefactos que no funcionarán de primeras. **NUNCA**. El agua entrará por algún sitio, algo quebrará, las puertas no cerrarán bien, las calorías huirán por puentes y autopistas y las instalaciones tardarán en calentar o no llegarán a refrigerar, o ambas desgracias a la vez.

Y lo peor es que no hay manera de evitarlo. Da igual el sistema constructivo, la pericia, los sellos de calidad o los certificados de conformidad. Los pondremos todo junto en esa complejísima máquina que es un edificio y, si el edificio tiene al menos un hálito de alma, al arrancarlo... **¡NO FUNCIONARÁ!**

Hubo un tiempo en que las vanguardias arquitectónicas miraron a los automóviles para hacer paralelismos. Bien, hagámoslo una vez más: los fabricantes invierten miles de millones en el desarrollo de un nuevo modelo, para el que suelen usar motores que ya conocen, cajas de cambios de otros modelos anteriores, componentes compartidos... Primero montan un modelo estático que enseñan a la prensa y los aficionados a ver por dónde respiran. Varios millones de euros después, montan una "mula", es decir, un modelo antiguo con componentes nuevos. Otros varios millones de euros más tarde, construyen un primer prototipo global que, invariablemente, **NO FUNCIONA**: vuelca, rompe, desliza, derrapa, explota. Unos cuantos prototipos más evolucionados rodarán kilómetros y kilómetros; de ahí saldrán dos o tres generaciones más de ensayos que serán probados en condiciones extremas y sólo más tarde, varios millones (de euros) más tarde, se hará una pre-serie. Aún a nadie se le ocurrirá venderlos. Seguirán las pruebas y pasado un tiempo la cosa estará madura para preparar, por fin, la salida al mercado del modelo. Y aun con todo, los aficionados sabemos que nunca, bajo ningún concepto, hay que comprar una unidad de ésas primeras, porque son problemáticas y a menudo no funcionan del todo.

Pues bien, nosotros los arquitectos, insensatamente, sin miedo, nos lanzamos a construir algo equivalente a... sí, a aquel primer prototipo, con muy pocos euros¹ y mucha irresponsabilidad. ¡Construimos nada menos que aquel PRIMER PROTOTIPO! Y la sociedad nos pide... ¡NO! ¡¡¡NOS EXIGE QUE FUNCIONE!!!

De locos

¹ Por poner un ejemplo: el nuevo Golf de séptima generación, el más vendido de su categoría, con nada menos que 29 millones de unidades producidas desde 1974, tiene un coste de adquisición, a pesar de toda la estandarización y procesos en cadena, de entre 2.492 y 4.353 euros por metro cuadrado, es decir, de entre dos y media y cuatro veces lo que cuesta un edificio normal. Un Porsche 911 parte de unos 13.000 €/m². Aprecien la miseria de la que los arquitectos somos capaces de extraer belleza y verdad.